

Sergio
Stipanic



Final de
un juego



COLECCIÓN
Carabela

SOLARIS

FINAL DE UN JUEGO

Colección "Carabela"

Sergio Stipanic

**FINAL DE UN
JUEGO**

Solaris

Impreso en Uruguay

FINAL DE UN JUEGO

Primera edición

Julio de 1998

Dirección de Colección Carabela:

Rubén Loza Aguerrebere

Dirección Editorial:

Ximena Piqué

© 1998 Blanes S.A.

Rincón 680 - Montevideo -Uruguay

Diseño de tapa e interiores

Marcel Vidart - 099-63.40.74

ISBN: 9974-589-10-X

PRÓLOGO

Ya se sabe que la literatura es un universo dentro de este universo, y que sin ella el mundo bastante anodino en el que pasamos la mayor parte del tiempo sería casi siempre insostenible.

La actividad de escribir es más ardua que lúdica, más ingrata que exitosa y, sobre todo, poco comprendida y respetada. Por eso siempre nos asombra que haya gente capaz de identificarse con ella.

Gente capaz de renunciar durante horas, meses y años a la "vida" para dedicarse a combinar palabras e imágenes que pueden aportarnos datos sobre la otra Vida a la que no podríamos llegar a través de la razón y la percepción mecanizada.

Si existiera un arquetipo del escritor que sólo se manifestara a través de la gestualidad, la reflexión y el misterio, Sergio Stipanich lo representaría como pocos: es solemne, estático, parsimonioso y su mente suele viajar sin prisa y sin pausa por inalcanzables laberintos en los que alienta aquello que no hemos alcanzado aún. También por lo que conocemos demasiado: esta condición humana que sobrevive milagrosamente a pesar de las catástrofes y el dolor.

Parco, concentrado, hipersensible, capaz de sumirse en insondables silencios por los que también debe navegar su ocasional interlocutor, Stipanic parece absorto en un profundo mundo interior que no excluye casi nada de los otros mundos y que oscila entre la pena y algo que se parece a la plenitud.

Por suerte para él, y también para nosotros, no se ha identificado nunca con el rol de “escritor” y vive su vocación con la espontaneidad con que la asumiría alguien que no especula con éxitos, exégesis, reconocimiento y admiración.

Stipanic escribe por necesidad. En alguien que ha renunciado casi deliberadamente a la palabra oral, la escritura suele ser un exorcismo y una salvación. Nada más ajeno a lo superfluo, en suma.

Su libro hablará quizás por sí mismo con más exactitud que cualquier introducción. Pero es conveniente que el lector sepa que es la obra de alguien que ama la literatura y que quizás por eso mismo ha comprendido que nuestro desencantado pasaje por este mundo tiene en las palabras uno de los pocos sucedáneos de eso que la gente muy triste denomina felicidad.

Vale la pena seguir a Stipanic en su huida. Este es también un encuentro con nosotros y con parte de lo que estamos buscando desde siempre.

Ricardo Prieto

FINAL DE UN JUEGO

Lo conocí en París. Recuerdo que fue durante el mayo caliente de 1968 patrocinado por unos miles de estudiantes que habían comenzado la revuelta y parecían justificar el desorden con imaginarias propuestas que atraían a los intelectuales, los oficinistas, las prostitutas y hasta a algunos obreros que se mantenían a la expectativa. Luego, ocho años después, me encontré con el en una esquina de Buenos Aires, Corrientes y Callao, a la salida del subte. Era un tipo alto, larguirucho y flaco, con una barba hirsuta y rojiza que no tenía en el encuentro anterior y que escondía apenas su cara de niñoviejo. Me trocó por una caja de *Gitanes* el ejemplar de *Clarín* que yo llevaba arrollado debajo del brazo, tratando de protegerlo de la lluvia. Así, con esa contraseña, nos reconocimos otra vez y si bien en París ya no había barricadas ni estudiantes revoltosos, en Buenos Aires pasaban muchas cosas raras. Los vientos del sur aceleraban el frío invernal de la tarde.

Caminamos en dirección a la Casa Rosada hasta llegar al *Ondines*, café en el cual nos reuníamos habitualmente con Rita. Y mientras íbamos caminando la gente nos observaba atentamente, curioseaban dándose vuelta y pensando reconocer, equívocamente, a Cortázar junto a un diminuto admirador de sus obras literarias. Sí hubiéramos caminado por París nadie se hubiera percatado de nuestra presencia. Pero la gente en Buenos Aires se imagina mu-

chas cosas absurdas cuando se acerca el apocalipsis o cuando se sienta largas horas frente a la pantalla del televisor. Allí estábamos ahora, sentados a una mes del *Ondines*, tomando café, fumando, buscando jeroglíficos detrás de los cristales de la ventana.

Simplemente nos dejábamos llevar por ese inventario callejero que incluía a los *Falcon* corriendo dueños de la calzada con sus estridentes sirenas y sus ocupantes ostentando las *Browning*, por los ruidos de la loza que manipulaban los mozos del bar, por la discusión en voz queda de la joven pareja sentada en la mesa de al lado, por el paso de los transeúntes que observábamos a través de la ventana esmerilada por las gotas de lluvia que parecían lágrimas de vidrio, por esas sombras apuradas que intentaban escapar al chaparrón o simplemente simular que no iban a ningún lado. Un espectro de la ciudad encajonada por los edificios de enfrente, un complejo gris, monótono, depresivo. Y Julio quería, empecinadamente, presenciar allí un crepúsculo. Me había confesado su pasión por ellos, su *hobby* de fotografiarlos cada vez que se encontraba en Montevideo y se alojaba en el *Columbia*, donde podía ver el puerto, la bahía, la escollera, y más allá el Cerro, y abría una pequeña ventana del baño por donde solo se podía observar las vetustas construcciones de la Ciudad Vieja con sus miradores, y alguna vez, unas raras palomas posadas sobre un muro de ladrillos, antes que llegara la noche con una luna redonda, boba, inerte. Julio me citaba, además, el crepúsculo del cuadro de Daumier sobre el asalto a la Comuna de París. Decía que esos comuneros habían ido al asalto del cielo y se interrogaba: “¿Valía la pena hacerse matar?”. Mientras él encendía un nuevo cigarrillo yo me contestaba en silencio la pregunta. Luego, completamente abstraído, Julio murmuraba: “Une galerie à jour pour prende le soleil”.

Final de un juego

En París, esa misma tarde, seguramente se vería caer el sol detrás de la torre Eiffel. Claro que no estábamos ni en París ni en Montevideo sino en Buenos Aires donde todo se teñía de gris. Cielo, paredes, árboles, hombres, ideas. Cómo pretendía Julio, entonces, contemplar un colorido crepúsculo.

Pero allí estaba, imperturbable, esperando el milagro de la redención, sentado a una mesa del café de la avenida Corrientes.

Las veces siguientes que me reuní con él fueron, precisamente en París, en su apartamento de la rue de Sèvres. Y fue allí que conocí a Alejandrina. Hasta entonces nunca me había hablado de ella y así es que yo ignoraba su existencia. El primer encuentro tuvo una significación muy importante para mí (por sus consecuencias futuras) y para él también (por lo que pude vislumbrar después). Alejandrina era sigilosa, de unos extraños y cautivantes ojos verdes que lo observaban todo. Pronto me di cuenta de un detalle: era muda.

Con Julio jugábamos construyendo palindromas. Recuerdo que él había creado uno, inspirándose en una rata consecuente que había aparecido ese día en el apartamento y nos acechaba quieta en un rincón de la cocina. Esperaba las migajas de pan que Julio, como si fueran municiones, le arrojaba violentamente al tiempo que reía a carcajadas. Le buscó un nombre: Satarsa. Asimismo, yo podía observar que Alejandrina detestaba al roedor, quizás por su condición femenina, y se contenía de ahuyentarlo por temor perturbar el deleite y la jocosidad de Julio. También jugábamos construyendo diálogos de ruptura. Allí participaba Alejandrina, que era una excelente polígrafa y sabía emitir,

a pesar de su mudez, valiéndose de gestos, espléndidos mensajes codificados que eran ininteligibles para otros que no fuésemos Julio y yo, me refiero especialmente a Lozano que a veces participaba de las reuniones. Alejandrina, con sus poses, era capaz de provocar diálogos de ruptura tales como: “Te quiero a ti aunque él...” o “Necesito estar ahora contigo pero siento que...”. En general, se mostraba mimosa con Julio aunque, a veces, intentaba seducirme y entonces yo presentía e imaginaba el deslizamiento de cuerpo sobre mis hombros, mi pecho, mis muslos. Cuando eso ocurría se fracturaban los juegos y su Julio se encerraba en su dormitorio y tocaba la trompeta. Trompeta solitaria. Los celos lo llevaban a emitir sonidos disonantes del instrumento del cual nunca fue un eximio ejecutante. Alejandrina, entonces, penetraba sigilosamente en la pieza y se acurrucaba sobre la cama. Otras veces, Julio y yo ocultábamos los celos hablando y discutiendo sobre jazz, y así pasábamos del piano de Thelonius Monk o de Errol Gardner, al grupo de Dave Brubeck en Toma 5, a Ellington, al clarinete blanco de Benny Goodman o al saxo del Gato Barbieri. También polemizábamos sobre la última actuación teatral de Glenda Garson o sobre la última novela de Juan Goytisolo. Alejandrina, entonces, mantenía distancia echada sobre el sofá de cretona blanca, hierática, silenciosa como siempre, con su misteriosa mirada perdida tras el ventanal.

Esa mañana, temprano, sonó el teléfono de mi habitación. Lozano, con voz entrecortada, me dio la noticia: “Julio murió”.

Lo único que atiné a balbucear fue “¿qué estás diciendo?” y colgué. La honda depresión que se había apoderado de mí permanecía mientras me encerraba en el baño, fumaba sentado en el inodoro, abría luego la ducha, me secaba y me vestía posteriormente. Al mismo tiempo, azotaban

Final de un juego

intermitentemente a mis pensamientos no sólo las imágenes vivas de mi amigo sino también las de Alejandrina. Imaginaba a ésta, en esos momentos, con actitudes incomprensibles. La veía irresoluta y desconcertada.

Descendí del taxi y corrí hacia la entrada del edificio. Creo que casi empujé al portero argelino que se había obstinado en barrer unas hojas secas y colillas de cigarrillos frente al ascensor. La puerta del apartamento de Julio estaba entreabierta. Lozano me esperaba dentro. Sobre la mesa ratona ubicada frente al sofá, debajo del cenicero de ónix, había un papel escrito. Era el último mensaje, la última travesura, el último juego de mi amigo antes de partir hacia Bruselas pocos días atrás: Alejandrina yanoamanoya.
Alejandrina.

Interrogué a Lozano sobre ella. Este se encogió de hombros y permaneció en silencio. Busqué por todas las habitaciones.

Nada. Alejandrina, la blanca gata de Angora, había desaparecido.

Sergio Stipanic

NOCHE DE TANGOS

¡Ese que ves ahí, ese que sale acompañado del teatro del brazo de esa mujer que bien podría haber sido mi mujer pero que ahora es su esposa, ese imbécil que sólo sabe jugar con la computadora y regalarle flores a su secretaria, me ha mirado con rabia y con asco porque vio que se me caían dos lágrimas. Es cierto. Esas lágrimas fueron por los tangos de Alma y la escena de Llano. Lloré esa noche donde los atriles se compadecían de los artistas, de los poetas, de los nadies y las candilejas asistían impávidas y el bandoneón retorcido del viejo se atrincheraba detrás de las guitarras y Paloma, sentada en primera fila murmuraba palabras perdidas como “tendrías que llegar y darme vida”.

Desde entonces me persiguen en esta noche la voz lastimera de Malena, la incierta sonrisa de Carlos, la ceguera de Borges, la amargura de Discepolín, el corazón de Homero, el sol bemol de Troilo.

Estoy solo en esta noche. Pero siempre estoy solo.

Camino amansando la soledad, triturándola, acariciándola y creo que ya me ha perdido el respeto. Estoy solo en esta noche porque ella no está. Maldita costumbre que tiene de viajar. Yo siempre me quedo aquí, siempre me he quedado en esta ciudad, vencido, triste, derrotado.

Ahora llovizna. Camino por esta calle desierta y sin embargo escucho unos pasos detrás. Presiento que ésta puede ser mi última noche, que alguien vendrá de atrás para matarme, para clavarme un cuchillo por la espalda. Pero no hay nadie. Es sólo mi sombra, la que me acecha siempre, la que me espera puntualmente en cada esquina. Ella me hace falta. Yo no puedo vivir siempre atrapado por mi sombra. Pregunto dónde diablos está ahora Ana . Maldita costumbre que tiene de viajar.

Voy por los boliches a brindar por ese imbécil que del brazo de esa mujer que bien podría haber sido mi mujer me miró con rabia y con asco. Y luego, cuando está borracho, orinaré la pared grabando los nombres de Alma y de Llano, de Carlos, de Borges, de Discepolín y Homero y Troilo y tantos otros, para siempre, para que se queden en la breve memoria de esta noche en esta ciudad quieta donde nunca parece haber olvido.

ROMANZA

Se diría que iba derecho a la muerte cuando decidió aquella tarde ir a verla. Pero también podría pensarse que no quería morir ese día de noviembre donde el sol titilante como una brasa lo miraba caminar por la vereda de la Calle de los Sueños Perdidos y la sombra de los paraísos le frotaba sus zapatos mientras los viejos parroquianos del boliche al descubrir su estampa de último compadrito o de malevo imposible abandonaban las mesas con las cazuelas de mondongo y el vino tinto asomándose a la ventana para verlo pasar, para luego comentar sus lejanas hazañas de milonguero, de tahir, de cantor frustrado por una voz alcohólica, de guapo capaz de jugarse entero por una mujer sometida a su robusta presencia de macho, mientras el marido trabajaba en la oficina.

El no era un héroe. No lo había sido nunca. Y creo que jamás había pensado en serlo. Había volado siempre como un pájaro libre. Pero en la ciudad se había divulgado la noticia que se había involucrado con la resistencia en Buenos Aires, años atrás, que se había reído en la cara del mismísimo Almirante cuando trabajaba en su diario por las madrugadas e imprimía en forma tan solapada como clandestina hojas con informes sobre los crímenes de éste.

Es así que sus amigos comenzaron a admirar su coraje y su destreza e irónicamente (y conspirativamente) cuando de él se referían decían El Masón. Y Marengo, orgulloso por haberlo descubierto tiempo atrás en un asado en San Isidro, murmuraba: "voy a mil a las patas de este caballo". Recuerdo que fue el mismo Marengo que, por razones de protección ante una posible e inevitable huida del país, cuando fuera detectado y perseguido, le consiguió un pasaporte falso con el nombre de Carlos Sarzábal, nacionalidad española. Así pues, nació Carlos para todos, como un ángel travieso y cínico, como un trapecista sin red que se arriesga para sentir el halago de un aplauso, como un niño tierno y solidario. Así él comenzó a viajar llevando sus informes: México, París, Madrid. Así nació Carlos para siempre o para nunca. Así nació la leyenda de este milonguero tardío, de este convocador de cosas viejas, de este compadrito desprevenido al nuevo siglo que nos acecha. Leyenda por suerte olvidada y sólo atizada por los consecuentes parroquianos de los boliches, por los artistas que lo conocieron, por las prostitutas que soñaron con él, por algunos periodistas melancólicos y borrachos y por ciertos escritores que lo usaron como fuente de inspiración para producir ficciones.

Pero esa tarde se diría que él no quiso ser derrotado ya que se vistió con su mejor traje, se anudó su más luciente corbata, perfumó su pañuelo con unas gotas de Bambino Caro que había traído de Europa. Y por cábala, metió en un bolsillo una ramita de ruda y colocó en su muñeca izquierda un viejo Longines, herencia de un tío solterón.

Así estuvo presente esa tarde en aquella esquina, unos minutos antes de las trece y treinta y tres, hora en que, exactamente, ella descendió del remise, hermosa, sonriente,

ufana, vanidosa. Se podría decir que al verlo pensó que lo conocía desde mucho tiempo atrás, en el borroso recuerdo de los años liceales en que él corría en la pista de atletismo o tal vez de los bailes del Parque Hotel cuando tocaban los Hot Blowers o quizás de las caminatas por la orilla de la Playa Verde aunque después revisó su rostro pretendiendo ubicarlo en las clases de inglés del Anglo. O también podría pensarse que ella nunca había visto a ese hombre, que nunca se habían cruzado a la salida del Rex, ni en París, ni en la panadería de su barrio, ni en la rambla, ni en ningún teatro, ni en ninguna calle.

Pero otra vez la duda. Y entonces recordó aquel cumpleaños de quince en La Liguria (¿fue en el sesenta y uno?) y volvió a creer que sí, que él era ese muchacho que la persiguió toda la noche y terminó besándole la mano ante la risa de sus amigas. Tal vez podría pensarse eso ya que ella no se sorprendió al verlo y sabía que algún día la iba a esperar allí, en esa esquina, tieso y marcial, con su mejor traje y su reluciente corbata de seda, con el pañuelo perfumado y una rosa amarilla en la mano.

Sólo ellos saben lo que pasó después. Dicen que se miraron a los ojos, que se sonrieron, que él le entregó la flor con un gesto austero, fruto de su rudeza masculina. Dicen que ella, entonces, le acarició la mano. Dicen que luego se abrazaron y bailaron un vals, un dos tres, un, dos, tres. Dicen tantas cosas. Creo que lo único cierto es que allí, en esa esquina de la Calle de los Sueños Perdidos los dos encontraron tardíamente el amor y murieron un poco, como se muere cada vez que se ama verdaderamente.

Se conocieron por los años sesenta. El estudiaba arquitectura junto a un hermano de ella. La tarde del primer en-

cuentro mientras estudiaban con el hermano él quiso escuchar a ella tocando el piano.

Ella tocó entonces todo su repertorio. "Para Elisa" de Beethoven, el vals "Danubio Azul" de Strauss y mientras estaba ejecutando una romanza él se le acercó por la espalda y le pasó los brazos por encima del hombro. Ella dejó automáticamente suspendida la ejecución del piano y se paró. El entonces la tomó por la cintura y la besó, la besó apasionadamente. ¡Qué importancia podía tener en ese momento la edad, él con sus dieciocho años y ella con veinte!. Toda la vida corría por ese beso y por las lenguas entrelazadas.

Así nació el romance de él y de ella, de ella y de él, romance que luego se vio interrumpido porque él viajó a Cuba ya que estaba involucrado en un movimiento revolucionario y la dejó sola, sola y esperando.

Cuando volvieron a encontrarse ambos eran cincuentones. Carlos (de ahora en adelante lo llamaré así) la había llamado esa mañana a la radio donde ella ejercía funciones de periodista. No reconoció la voz de éste y él tuvo que hacer esfuerzos por recordarle quien era. Pero una vez descubierto por ella un estremecimiento atroz, un temblor y unos ojos de felicidad la turbaron ante los compañeros de la radio. Cantaba despacio: "oh, mi amor, tantas veces escondido, tantas veces desconocido, estabas ahí para mí... oh, mi amor perdido...". La tarde de ese encuentro no la volveré a contar. Pero sí les quiero comunicar algo muy extraño que pasó con ellos cinco años exactamente después, en la misma fecha de dicho encuentro. Carlos y Ana murieron ese día, a la misma hora, en el mismo minuto, él en un accidente automovilístico en Buenos Aires y ella en su casa de Montevideo, rodeada de sus familiares,

Final de un juego

su esposo, sus dos hijos, su nuera y sus tres nietas.

Se dice que las tres últimas palabras que ella pronunció fueron: ¿Dónde estás ahora, Carlos, amor mío?

Sergio Stipanic

Amores de estudiante

Castañeda insiste: “¿Qué estaban planeando allá?... ¿quién los mandó?... dame el nombre, pibe... quiero nombres...”. Es la décima vez que me escupe todo esto. Al principio las cosas fueron amigables y suaves: “Hablá, no te va a pasar nada”. Después, algún puño que otro en mi abdomen y riñones. Luego me ataron a un catre y aquí estoy.

Castañeda es una deforme masa gris detrás de la luz. Sé que es él y sé también que no voy a olvidarme nunca de su cara ni de su voz. “Póngasela en los huevos”. Otra vez la picana. Ya no pienso. Cuento: uno, dos, tres... estoy mordiéndome, no respiro, ya pasa. Pasa y vuelve. No sirve de culas que no sé nada, que nadie mandó nada, que tengo derecho a que me dejen tranquilo. ¿Hasta cuándo? Creo que voy a vomitar. Ahora vuelvo a pensar. Les digo que sí, que ahora sí voy a hablar. Estiro los segundos. Digo que no sé nada. Otra vez. ¡Qué estupidez!. Sin embargo, es la ley nuestra: el silencio frente a la policía. Y aguantarse, hermano. El silencio. Por fin respiro. Castañeda se fue. Ahora los sabuesos me desatan y me empujan a un calabozo. Un metro por dos. Hedor insoportable a meada. Me desparra-mo sobre la colchoneta húmeda y no me importan las pulgas que comienzan a invadirme. Desde el tragaluz llegan pitos. Vuelvo a pararme. Por la mirilla de la puerta de

hierro trato de observar hacia el patio. Perdí la noción del tiempo pero supongo es la madrugada. Otra vez gritos de dolor. ¿Será Gabriel? Gabriel, con su físico endeble, enfermizo, su mirada de topo escondida por esos gruesos anteojos de carey. Gabriel, con su imagen de intelectual.

Te equivocaste conmigo, Pablo. Siempre trataste de disminuirme frente a los compañeros. Es cierto que no tengo tu astucia. Pero, a diferencia tuya, soy un buen estudiante. Y sé resistir la tortura. Qué sorpresa ¿verdad?. Una vez me llevaste al quilombo de Andes y me metiste a la fuerza en la pieza de una de las putas. Pese a los esfuerzos de la mujer no pasó nada. Cuando te enteraste ¿te acordás bien lo qué pasó, no?. Me acusaste de impotente mientras morías de la risa. No, no soy impotente. Tampoco marica. Simplemente, tengo un concepto distinto del sexo al tuyo y esa veterana de pelo oxigenado, tetas pesadas como de vaca y culo blando, no me atraía para nada. El verano pasado me quemaste ante Alicia abandonándome arriba de la canoa, en medio del arroyo, sabiendo que no sé nadar. Ahora me metiste en este lío grueso. Pero no te equivoques. Espero la oportunidad. Gabriel no se rinde.

Llamo a un guardia para que me abra la puerta y me permita ir a orinar. El chorro cae mansamente sobre la pared. Vuelvo a la celda. Me entretengo en mirar las paredes. En la penumbra alcanzo a leer inscripciones seguramente escritas con las uñas. Una de ellas, TUYA HASTA LA MUERTE firmada por una tal Ana me lleva hacia Alicia. Te quiero, Alicia. Que estúpido fui en no habértelo dicho nunca. Cómo estás ahora, dónde te tienen, qué te están haciendo mi nena...

Final de un juego

Esa noche nos habíamos reunido en un galpón de depósito ubicado en los fondos de la Facultad de Agronomía. La noticia había corrido rápidamente: decreto de medidas prontas de seguridad. Aún no sabíamos con certeza las implicaciones de la medida gubernamental pero intuíamos que una tormenta se acercaba. La noche invernal era lo suficientemente fría para tiritar y disimular el miedo, la luna salía y se volvía a esconder entre los nubarrones. Allí estábamos los ocho, a la luz mediocre de una vela, preparando los tarros de pintura y los pinceles. Mientras Carlos cantaba bajito, otros discutían las consignas a pintar en los muros, Alicia estaba inquieta y temerosa : "No hay habeas corpus y si nos detienen no nos pasan a juez". Su padre, el doctor José Ybargoyen, era un reputado abogado y ella estaba ligada genéticamente a ese lenguaje jurídico. "Hermanita, la cana no nos agarrará nunca", expresaba el optimista Leonardo. La cana. No vimos llegar a los dos milicos que dieron la voz de alto al tiempo que dispararon tres veces mientras casi todos huían en estampida. Apagué de un soplo la vela. Pude detectar a Gabriel en la oscuridad. De pronto una linterna alumbró y dejó ver el caño de un revólver. "Salgan con las manos en la nuca". Nos hicieron caminar hacia la calle donde estaba estacionado el patrullero. Alicia, que tampoco había podido escapar, caminaba unos pasos adelante. Minutos más tarde penetrábamos en el edificio de Jefatura. En el cuarto piso: "El inspector les hará unas preguntas y no pueden hablar nada entre ustedes". Trato correcto. Vaciamiento de los bolsillos y registro de nuestros nombres y domicilios. De pronto se nos acercó una figura de nariz aguileña y afilada, bigotes finitos como anchoas en lata, vistiendo un traje gris y una camisa rosada. Al mismo tiempo que parecía limpiarse la solapa con un movimiento ingenuo de sus dedos, nos sugirió: "Vamos

muchachos, hoy no tengo ganas de trabajar. Si se portan bien podemos llegar a un acuerdo”

La mañana llegó, por fin. Comienzan a aparecer rostros de tiras que me observa por la mirilla de la puerta como si yo fuera un único ejemplar de una tribu diezmada.

“¿Cuándo va a terminar todo esto?”, pregunto a uno de ellos que tiene cara de japonés. “Eso quisiera saberlo yo también” recibo como respuesta. Otra vez la incertidumbre, el miedo. ¿Los pasos siguientes? Pasan los minutos, las horas, el miedo queda. Ahora el pensamiento se traslada a la certeza y la incertidumbre de lo que sucede afuera. Me alcanza un plato con caldo, un único fideo en espiral flotando como si fuera una tenia, una papa chica. Con la cuchara separo la papa y la trago. Uno nunca sabe cuanto tiempo durará todo. Es mediodía.

El ministro comenzó a leer. Datos curriculares. Datos, datos. Hay que protegerse de las ideas nocivas. Allí iban nuestras historias recogidas por informantes y alcahuetes, fieles servidores del orden, incorruptibles, que el ministro leía con timbre campechano. Luego devolvió las fichas al jefe de Policía no sin antes arengar: “Como ven, jóvenes estudiantes, estamos enterados de todo. Recuerden que la patria es de todos y que no hay que tratar de dividirla”. Hizo un silencio solemne, infló su pecho y con aire marcial ordenó: “Coronel, disponga la libertad de estas tres personas”. Uno comienza a sentirse otra vez orgulloso de su país. Gracias ministro, gracias a las autoridades que nos protegen, gracias al gobierno, gracias a las instituciones, gracias a la patria: Sinceramente, muchas gracias.

Al abandonar el despacho me encontré frente a

Castañeda: "Botija, perdóname, solo cumplí órdenes". Recogí la frazada que me había alcanzado mi hermana, los pocos pesos, los cigarros y los fósforos que me devolvieron y salí rápidamente por el camino que me señalaban hasta llegar a la salida de San José. Otra vez la calle. Bendita libertad, ahora sí, dicho seriamente. Aire puro. Noche hermosa. Me dirigí hacia Dieciocho. De pronto y no sabía bien porque extraña razón, miré hacia la vereda de enfrente. En la esquina de Yi y Dieciocho, frente a los ventanales de Soko's vi una pareja besándose apasionadamente. No cabía duda, eran Alicia y Gabriel. Maldita noche.

Tenías que saberlo algún día. Yo ya no soy la Alicia que usabas cuando tenías ganas y luego desechabas como a un juguete efímero. Se terminó el juego. Me hiciste vivir muchas cosas, Pablo, no lo niego. La primera ilusión, el decir que por fin me había convertido en mujer después de pasar por una etapa boba con las idas a bailes y las caminatas por la rambla de Pocitos con mis amigas tan aburridas como yo. O los otros encierros en el apartamento de Cielo para estudiar, encierros que se hacían interminables y donde fantaseaba con ella sobre el amor. Me entregué entera vos desde aquella noche en Atlántida y si bien no fuiste el primero, sí el único.

Esa vez mientras tú escribías mi nombre en la arena yo soñaba con otro nombre, lejano aún, el de un hijo vislumbado. Pero después vino lo otro. De regreso a Montevideo te mostraste distinto (al menos para mí). Y así llegaron las noches de mala muerte en las camas de los hoteles baratos con olor a humedad, mugre y esperma. Y las posteriores rondas por los boliches en los cuales tomabas hasta emborracharte. Entonces me confesabas tu deseo de marcharte de aquí. ¿Te acuerdas?. Decías que querías irte de

"este país de mierda". Sin embargo, yo no perdía las esperanzas. Pero no me cuidaste, Pablo, me respetaste. Hoy tomé mis propias medidas de seguridad "in primas". Primera cosa, estoy aprendiendo a olvidarte. Como en el poema de Benedetti que leíamos aquella tarde en el Jardín Botánico sentados sobre un tronco caído: "Tu te vas, yo me quedo". Este es mi adiós, Pablo Risso.

Busqué un cigarrillo en el bolsillo de la campera con un gesto desganado y displicente que me diera la oportunidad de pensar y repensar todo. Sentí entonces una mano que se apoyaba sobre mi hombro. Me di vuelta y me topé, otra vez, con Castañeda. Antes que pudiera atinar algo me ofreció fuego. "Lo vi todo. Las mujeres son todas iguales. Siempre traicionan". Aspiré una bocanada de humo como para contestarle que no necesitaba de sus condolencias. De pronto percibí que su mano se depositaba sobre mi bragueta recorriendo el cierre y penetrando hasta acariciar mi pene. Así que esas teníamos ¿eh?, el imperturbable inquisidor, el duro verdugo, el obsecuente teniente que cumple ciegamente con las órdenes de sus generales, el comandante de un batallón de hábiles picaneros no era más que un simple marica. Permanecí mudo, anonadado, hasta podría decirse que complacido. Mi miembro comenzó a enervarse cuando los dedos calientes se posesionaron completamente del mismo, sacudiéndolo con delicadeza. Al mismo tiempo vino la invitación como surgida de la boca de una Claudia Cardinale erotizada en algún film de Zurlini: "Vení conmigo a mi casa, Pablo. Allí tengo una botella de escocés, buena música y puedo serte útil en otras cosas. Vos necesitás información ¿no es así?". Casi me deje llevar hacia el callejón oscuro que me proponía. De pronto apareció súbitamente otra corriente de pensamiento, un instinto moral.

Final de un juego

conductismo puro. Salté como un resorte y de mi garganta partió un alarido que logró que los pocos que caminaban por allí se dieran vuelta y observaran azorados:

¡Puto de mierda!

Lo empujé hacia la pared, me arreglé la bragueta y corrí. Corrí como caballo desbocado por toda 18 de Julio. Mientras lloviznaba sobre la ciudad.

Sergio Stipanic

Again

Volvamos al principio Es cierto que me fui, que te dejé sola o quizás mal acompañada, eso es lo que creo. Es cierto lo que vos decís, de que nunca más te di una señal ni te mandé rosas amarillas o un ramito de anémonas. Es cierto también que ni siquiera te llegó una carta mía ni me tomé tiempo para discar tu número en el teléfono. También es cierto lo que esgrimes como defensa al haber establecido una nueva relación, eso de que la soledad es lo más horrible que pueda sentir una mujer. Pero escúchame ahora que ha pasado mucho tiempo. Tendrías que entenderme o por lo menos aceptar la situación. Hay veces en que la vida no la decidimos nosotros sino que otros deciden por uno. No, no se trata de trabajo, es algo más complicado. Sé que estuve buscándome por Callao, por San Telmo, por el café de París y hasta visitaste el taller mecánico de Gabriel averiguando sobre mí. Yo te extraño y pienso tanto en vos. Pienso, por ejemplo, en aquella tarde en el Tigre cuando subimos a una lancha sin tener un peso en los bolsillos y el patrón quiso vengarse dejándonos abandonados en una isla. Recuerdo aquella mañana en que estábamos en un ascensor y vos me dijiste: "ahora o nunca". O cuando nos quedamos escondidos en el museo Sarmiento, el guardián cerró las puertas al atardecer y allí pasamos la noche. Pienso y te extraño. Pero tendrías que saber muchas cosas, Mariela.

Saber que ahora me interesan los barcos hundidos, las algas, los peces espada y un inmenso calamar que mide cuatro metros y al que veo pasar de tanto en tanto. ¿Biólogo marino? No. Tendrías que saber que soy nada más que un montón de huesos en el fondo del mar. Ahora sí lo descubrirás: soy un desaparecido.

La estatua de la Libertad

Cuando Benedetti descendió esa mañana en Carrasco del Boeing que lo trajo de Europa jamás imaginó lo que le sucedería horas después.

Luego de abrir la valija, ordenar su ropa y ducharse, decidió en ese mediodía de sol invernal caminar por la rambla de Pocitos. No había dado ni siquiera diez pasos cuando comenzó a ascender en posición horizontal y quedó levitando a la altura de un segundo piso de los edificios de enfrente.

Al principio sólo las gaviotas se percataron del extraño suceso. Sobrevolaban en vuelos rasantes sobre el cuerpo del levitante con cierto temor y analizando al intruso que permanecía atónito mirando hacia todos lados sin atreverse aún a pedir auxilio por no saber si todo eso no era más que un terrible sueño. Poco a poco, las gaviotas se animaron más. Hubo una que se posó sobre el sobretodo azul de Benedetti y allí se quedó. Un solitario aerobista que corría por la arena húmeda con un equipo deportivo y una toalla en su cuello descubrió de pronto al levitante, suspendió de inmediato su carrera y le gritó con solidario e imperante tono:

- Bájese de ahí. Tírese en la arena!

- Eso quisiera, pero no puedo- respondió con voz quebrada y lastimera Benedetti.

Concomitantemente, los automovilistas de la rambla también habían descubierto al extraño hombre de bigotes que enfundado en su sobretodo azul parecía dormir en el aire con sus dos manos cruzadas sobre el estómago. Los autos frenaban y se detenían para observarlo. De los ventanales de los edificios cercanos se veían rostros con la mirada dirigida hacia él. Hubo muchas llamadas telefónicas a la policía, prensa oral y escrita, bomberos. Las sirenas no tardaron en oírse por la rambla.

A esa altura de los acontecimientos muchos curiosos estaban ya sobre la arena y sentados sobre el muro no descuidando detalles. Al escuchar la noticia por las radios y los canales de televisión que ya estaban allí con sus equipos de transmisión y sus cronistas, varios grupos de umbandistas con sus paes habían traído velas y sanjorges ofreciéndose los a Oxalá ante lo que creían un milagro candomblero.

De pronto llegó el ministro del Interior. Un auxiliar le alcanzó un megáfono y éste se dirigió al levitante rogándole que depusiera su actitud, que estaba alterando el orden público, que si quería suicidarse no lo hiciera, etcétera. El levitante le aclaró que era Benedetti, el escritor, que no tenía ninguna intención de suicidarse y que si no bajaba era porque no podía hacerlo. El ministro entonces cambió el tono de voz:

¡Otra vez buscando problemas, Benedetti! ¡Nuestro país

y nuestro pueblo votó por la paz social!

Dicho esto se retiró ofuscado.

Los bomberos, entonces, comenzaron a actuar. Se instaló una gigantesca escalera móvil del equipo de rescate y un oficial llegó hasta el cuerpo del infortunado. Como los tirones de brazos y piernas hacia abajo no dieron resultado y sólo consiguieron gritos de dolor del levitante, decidieron deponer su actitud de rescate.

Le tocó el turno a la Iglesia. Llamaron al arzobispo de Montevideo que llegó prestamente ante lo que supuso un sacrilegio. Subió por la escalinata de los bomberos y comenzó a hablarle a Benedetti casi al oído.

- Sólo el hijo de Dios, Jesucristo, fue capaz de realizar estos milagros. Te invito a que depongas tu actitud. Déjate llevar por la fe en Cristo y te salvarás de este sacrilegio y de una caída que te hará romper los huesos.

Benedetti no contestó. Pero, sobre su cabeza, se pudo ver un aro incandescente de santidad que terminó por espantar al cura que bajó precipitadamente la escalera y se dirigió a officiar una misa con sus seis monaguillos.

El sol de la tarde invernal cayó finalmente sobre el horizonte. Los curiosos comenzaron a retirarse. Sólo quedaban algunos periodistas y policías. Comenzó a soplar un fuerte viento del sur. La noche se hizo muy fría. De pronto, Benedetti empezó a desplazarse, siempre en la misma altura, por la rambla, llevado quizás por el viento. Y así llegó al gasómetro. Luego ascendió por Andes hacia el Centro.

Dos helicópteros de la Armada seguían su trayectoria y se comunicaban por radio con tierra, así es que un nutrido conjunto de autos y sirenas escandalizaban la noche de la ciudad.

Finalmente, llegó a 18 de Julio. Allí viró por la avenida hacia la Plaza Cagancha. Cuando llegó a ésta, Benedetti logró sujetarse de la estatua de la Libertad y descubrió que su cuerpo tenía consistencia y peso nuevamente, tanto es así, que permaneció abrazado de la misma para no caerse. Había terminado la levitación.

Cuando lo ayudaron a descender no quiso hacer declaraciones a la prensa.

Sólo se limitó a pedir un café.

El viejo y el mar

El silencio de la noche de otoño se interrumpía con el rugido de las olas que golpeaban desde siempre las rocas de Cabo Polonio cada cinco segundos. Mientras, se preparaba el asado en el quinchado del Gringo quien era el único que tomaba whisky y lo hacía directamente de la botella. Los demás, todos pescadores, bebían caña brasilera en vasos grasosos y los servían de la damajuana que habían comprado días atrás en el almacén de Pepe, en Castillos. La velada era acompañada también con el mate. Cuatro de ellos jugaban al truco, gritaban «~Venga a mí, compañero!», amenazaban, reían.

El Gringo, como así lo llamaban en el pueblo desde que llegó unas de esas tardes, nunca se supo cómo y decidió quedarse para siempre en Cabo Polonio, disimulando un acento inglés contaba historias de mar a tres adolescentes mientras Arispe cuidaba el fuego y corría las brasas.

Tilingo, hijo de Arispe, se mostraba especialmente entusiasmado por los relatos del viejo que, aunque nunca declaró su edad, debía pisar los setenta. Este iba ya por la media botella, como era su costumbre diaria, y se satisfacía del interés de Tilingo por los cuentos. Tanto es así que había traído de Rocha, tiempo atrás, una caja con libros diversos para el muchacho. Esto provocó el enojo de Arispe

con el viejo porque Tilingo ya no se preocupaba de preparar las redes ni los palangres y se pasaba horas enteras tirado en la playa, leyendo con fmicción.

El asado estuvo pronto. Esa gente, que vivía del mar, se alimentaba sin embargo de carne vacuna o de cordero. El pescado era sólo para la venta. El Gringo había logrado que comieran, a veces, pescado preparándoles en una olla grande chupines de corvinas y pejerreyes.

El viejo de barba blanca tenía dos grandes pasiones: los tiburones y el whisky. La primera lo rejuvenecía, lo mostraba alegre, reía a carcajadas cuando lograba capturar un escualo desde la embarcación que Arispe había bautizado «Virazón I». El whisky lo sumía luego en grandes depresiones, se encerraba en su cabaña sin querer hablar con nadie y cada vez necesitaba más dosis de alcohol para poder dormirse. Sólo Tilingo podía despertarlo de esa vaguedad de sus pensamientos luego de los picos de las crisis.

Una tarde de verano, donde el termómetro marcaba los 37º, el viejo invitó a Tilingo a salir a la mar. Esta estaba quieta como el agua en una piscina. El viento había desaparecido. Prepararon la chalana con los aparejos después de haber echado queroseno al Yamaha. Empujaron al agua la pequeña embarcación y a los diez minutos estaban a doscientos metros de la costa. El viejo estaba raro. Sin embargo no había bebido. Pero Tilingo podía observar unos ojos que sólo miraban el horizonte y el sol que era una verdadera bola de fuego. Comenzó a hablarle al muchacho de cosas ininteligibles para éste, repitiendo muchas veces: «cuando yo escribía». Luego, hablaba en inglés. De pronto, miró la reverberancia de los rayos solares en el mar

calmo, miró al muchacho y pareció recobrar la lucidez.

- Cuando vuelvas, en mi cabaña, tengo un baúl con más libros para ti... y una máquina de escribir. Yo he terminado contigo.

Luego de decir esto, lo abrazó fuertemente y se tiró al agua.

Tilingo gritó desesperadamente. El viejo desapareció hacia el fondo del mar luego de agitar por unos instantes sus brazos.

El muchacho esperó vanamente. Intentó tirarse al agua pero, por una fuerza extraña, se quedó quieto. Si era su deseo, pensó, mejor así.

A la caída del sol regresó. No comentó nada en el pueblo. Fue derecho a la casa del viejo y encontró el baúl. Había unos cuantos libros, todos firmados por un mismo autor. De pronto, abrió uno de ellos: «El viejo y el mar». Dentro, había un pasaporte norteamericano con la foto del Gringo y un nombre: Ernest Hemingway

Sergio Stipanic

CAPERUCITA

Ahora bien. Noches y noches soñé con ella. Como durante mi infancia mi madre se entusiasmaba antes de que me durmiera relatándome esa gran tragedia de una niña bonita, culta, de cabellos rubios y trenzados devorada por el lobo feroz, yo soñé equivocadamente. Y digo equivocadamente porque hoy, que conozco la verdad y tengo la certeza de que mis preocupaciones por ella estaban infundadas, les confesaré que esta es una historia muy distinta a la que ustedes también estuvieron acostumbrados a escuchar.

En principio les advertiré que Caperucita no era ni una niña linda, ni sus cabellos tenían trenzas rubias, ni cantaba con voz de soprano, ni recogía cerezas en el bosque, ni era amiga de los conejos. Era una niña tonta, engreída. Sus cabellos castaños, sucios y desordenados harían recordar a los de una bruja. Gustaba maltratar a los animales del bosque, tirarles piedras a las garzas de la laguna y robar los huevos de los nidos de las perdices. Su ropa era la de una campesina y su madre la enviaba frecuentemente a la casa de su abuela rica, que estaba ubicada en un solitario lugar del bosque y que tenía solarium y piscina y un bello jardín con rosas de todos los colores del arcoiris traídas desde los lugares más remotos del mundo, desde Japón a Gabón. Dicho jardín, en el cual había mesas y sillas blancas donde la abuela se sentaba a tomar el té por las tardes, estaba

cuidado por un jardinero que tenía un hijo adolescente, tan delgado como holgazán.

En uno de esos viajes a través del bosque, Caperucita, que era una niña bastante tonta como ya dije, se perdió. Llegó la noche. Un viejo lobo a quien el paso de los años lo había dejado sin dientes en la boca, se le acercó a preguntarle a la niña, que lloraba desconsolada al pie de un frondoso árbol. Esta se asustó pero al ver el hocico desdentado del viejo lobo volvió a tranquilizarse. Luego de explicarle lo sucedido el lobo prometió conducirla hasta la casa de su abuela. Conocía perfectamente el camino. Así lo hizo. Poco antes de llegar a la casa el viejo animal desapareció entre los árboles sin que la niña se diera cuenta.

Pasaron los días. Los viajes de la niña eran cada vez más frecuentes hacia la casa de su abuela. No creo que el motivo fuera el amor por la vieja ni las compensaciones en dulces y mermeladas ya que ésta era bastante avara y apenas sí la convidaba. Creo que lo que influía era la presencia del hijo del jardinero. Juntos iban a pescar al río o se sentaban en un tronco caído a contemplar las puestas de sol. Capemcita tenía muchas ambiciones de riquezas y collares de perlas. El hijo del jardinero también soñaba con viajar por el mundo.

Un día sucedió lo previsible. La anciana había desaparecido y había desaparecido su cofre repleto de monedas de oro. Pero hay más. Habían desaparecido Caperucita y el hijo del jardinero. Ni un rastro. El jardinero calculó que el culpable podía ser el viejo lobo. Lo buscó por el bosque hasta encontrarlo y darle muerte de varios hachazos.

Días después el cuerpo sin vida de la abuela apareció flotando en el río.

Los cigarrillos apagados

En una mesa del Sorocabana se discutía acaloradamente sobre la guerra. Franco había tomado Madrid la madrugada anterior. Los aviones nazis habían bombardeado la ciudad durante una semana. El grupo de la mesa estaba constituido por españoles exiliados. Había uno de ellos que permanecía callado. Sólo se limitaba a fumar ininterrumpidamente con la vista perdida en la Plaza Cagancha que veía a través del amplio ventanal. El mozo sirvió una nueva ronda de pocillos de café. De pronto, el tema de la guerra desapareció de la mesa. Margarita miró el reloj. Debía irse al teatro. Estaba sentada al lado de Machado que permanecía mirando la plaza y fumando, sosteniendo con la mano izquierda el bastón y el sombrero gris. Alberti aprovechó la silla vacía que dejó Margarita para apoyar un viejo y raro ejemplar de Rimbaud, con tapas en cuero, que había adquirido horas antes en una librería de la calle Sarandí. Ahora se hablaba de poesía. Machado permanecía callado y fumando. La reunión llegó a su fin. Cuando Alberti se levantó y fue a recoger el libro de Rimbaud descubrió perplejo que éste tenía la tapa quemada por las colillas de cigarrillos que Machado había depositado sobre él.

Sergio Stipanic

Esperando a Borges

Cuando me propuse matar a Borges elaboré un plan que creí perfecto. Primeramente recorrí varias librerías y adquirí y luego leí algunos de sus libros, otros los pude leer en la Biblioteca Nacional ya que estaban agotados. Tuve que soportar sus poemas y sus cuentos absurdos. Si alguna duda me quedaba del odio que yo sentía por ese viejo ciego ésta se vio disipada luego de leer toda su obra. Quería conocerlo bien ya un escritor se lo conoce por lo que escribe.

Después de dos meses de lecturas averigué en la guía telefónica su domicilio. Todas las tardes siguientes me ubiqué en la esquina de Esmeralda y Córdoba mirando atentamente hacia la puerta de la vieja casa. Nadie salía ni entraba. Así pasaron once días. Al siguiente, decidí apretar el timbre del portero eléctrico. Una voz entrecortada que denunciaba el paso de los años me respondió: «He salido de viaje. Pronto regresaré. Deje su mensaje». Viejo ciego, me dije, todavía puedes caminar. Ya regresarás y entonces, cuando te encuentre, no viajarás más.

Pasaron varios días y nada. Decidí esperar un mes más.

Seguí vigilando en la esquina. Borges no se aparecía.

Entonces me propuse averiguar en la farmacia de enfrente

-¿El señor Borges no ha venido por aquí?

El farmacéutico me miró como se miran a los locos, con mucha lástima.

-El señor Borges no vendrá más por aquí porque hace tres años que ha muerto.

Salí corriendo. Lo primero que se me ocurrió fue romper a patadas la puerta de la casa del viejo maldito. Me sentía estafado. Pero quise cerciorarme bien de que el farmacéutico no me hubiera mentido. Apreté el timbre del portero eléctrico. La misma voz de la otra vez me contestó «Te dije que estaba de viaje. Si quieres matarme, espera que regrese».

Todos los días, a las cinco de la tarde, espero con mi puñal en la cintura la llegada del viejo ciego en la esquina de Esmeralda y Córdoba.

Rodríguez

Las luces estaban ahí, opacas, como un pasaporte al pasillo de gastadas butacas o a lo desconocido. El Teatrillo de las Estrellas del Pueblo no podía competir a pesar de sus rojas candilejas con el Gran Teatro.

Un día cualquiera del frío invierno se reunieron las aristocráticas damas de la Comisión de Beneficencia de Cerro Chato y decidieron poner en marcha la construcción del Gran Teatro. Para ello donaron, previa consulta nocturna con sus respectivos maridos, la Criolla Estancia S.A. que era orgullo del poblado, con sus novillos y sus vaquillonas, sus toros de raza, sus ombúes, aguadas, casco de estancia, peones con caballo y recado, su escuela, perros amaestrados, galpones, establos, un jeep, dos camiones y tres tractores.

La venta se concretó con el consorcio American Mercosur & Company. Con el dinero recaudado se levantó un frondoso edificio blanco, cilíndrico, con butacas forradas en pana verde, excelente acústica, edificándose además un restaurante en uno de sus laterales que incluía un gigantesco parrillero. Fue éste el teatro más suntuoso que se conoció en todos los alrededores, y quizás el más moderno del país.

Así rezaba la placa metálica colocada hacia un costado de la entrada:

«A qui se levanta la obra gloriosa de dignas damas que en aras del Arte y la Cultura de Cerro Chato supieron crear con bondad de espíritu»

Y seguían los nombres de las nombradas.

La tarde de la inauguración, desde tempranas horas del mediodía, los jardines engramillados comenzaron a pisarse por botas, alpargatas, pies polvorientos. Un cartel de considerable tamaño anunciaba la actuación especial del famoso pianista norteamericano Peter Collins que ofrecería esa noche un concierto de gala.

Mientras tanto, el canal de televisión preparaba sus equipos. Los locutores de la Radio Libertad habían ya comenzado sus comentarios. La feria de artículos de exportación, instalada frente al teatro, se llenaba de curiosos. Había en los puestos mates labrados, realizaciones en cuero, vírgenes talladas en hueso. Los puestos de venta de hamburguesas y cocacolas abundaban tanto como el vino que se servía en forma gratuita.

Sobre el fin de la calle Constitución, Don Paco Espínola, propietario del Teatrillo de las Estrellas del Pueblo esperaba en la penumbra de tono enrojecido y difuso, liando un tabaco. Había contratado, en el afán de una competencia en la cual nadie creía, la comparsa de negros lubolos de Rodríguez, con su cuerpo de baile completo de morenas, tamborileros, escoberos, banderilleros, mamas viejas y gramilleros. Siempre fueron atracción segura. Pero ahora

había Gran Teatro, pianista norteamericano, feria y fundamentalmente, vino gratuito.

El pianista arribó con las últimas luces del atardecer en helicóptero. Fue recibido por el Intendente, la Comisión de Damas, la Comisión Económica de Propietarios de Estancia, el Juez, el Cura y el Comisario. A su paso, entre manos que buscaban estrechar las suyas, aplausos, empujones, agradecía con un repetido 'tenquíú». Vestía impecable frac, camisa blanca, moña roja.

Mientras el pianista se trasladaba hacia el Gran Teatro las butacas de éste eran ocupadas por los miembros de las diecinueve únicas familias invitadas. El pueblo escucharía afuera, por los altoparlantes, el concierto.

A la media hora, todo estaba listo. Peter Collins se sentó al piano.

Los golpes uniformes, vibrantes, rítmicos de los tambores se sintieron cada vez más cerca.

El piano se quedó mudo. Las manos crispadas con sus dedos curvos permanecieron quietas en un acorde que no alcanzó a oírse. Murmullos en la sala. Algunos jóvenes comenzaron a reírse. Los que daban ahora un concierto eran los tambores. Un concierto raro, palpitante, profano. El sonido lo abarcaba todo, lo rodeaba todo.

Rodríguez llegó al jardín del Gran Teatro al frente de la comparsa de bailarinas de morenas piernas brillosas y caderas zigzagueantes al aire libre, de escobilleros envueltos en mantos de sedalina roja y azul que hacían girar sus escobi-

llas por la espalda, el cuello, las piernas con medias negras los brazos; de banderilleros con enormes banderas multicolores con símbolos africanos, de tamboriles que aceleraban los golpes a cada paso, de mamás viejas que reverberaban la noche con sus faldas adornadas por lentejuelas.

La avalancha se produjo como una ráfaga de viento y a los dos minutos todos marchaban calle Constitución abajo al ritmo de la comparsa, hacia el Teatrito de las Estrellas del Pueblo.

Más atrás, corriendo despavorida, levantándose la falda del largo vestido de fiesta para correr más rápidamente Doña Clarita de Amondagaray, la presidenta de la Comisión de Damas, llegó a alcanzar el comienzo de la columna.

Rodríguez... te vas a la puta que te parió!

Las flores del mal

Charles Baudelaire recorrió la calle revieja que culminaba en el puerto. Descendió por Juan Carlos Gómez hacia el Bajo pisando con cuidado las baldosas para no salpicarse. La lluvia de abril había cesado ahora. Cuando llovía las calles del Bajo se llenaban de gatos, corridas, olor nauseabundo, reflejos enrojecidos de las marquesinas de los bares y misterio. El francés recordaba cuando unos años atrás había llegado en el «Clémenceau» y decidió quedarse para siempre en el puerto.

Terminaba la función de un cineclub y los intelectuales salían del mismo discutiendo el filme de Bergman. Los bares del Bajo se llenaban paulatinamente de pasajeros nocturnos, seres lindantes con la bohemia y el abismo. De los conventillos salían gritos y puteadas.

Iría a buscarla una vez más. Ella podría ser reina en esa noche. Ella era todas las que trabajaban en la noche del Bajo. Podía ser cualquiera, había muchas iguales a ella. Era una mujer en decenas de rostros y suspiros, en piernas al aire, en risas estridentes, en traseros notoriamente destacados por estrechas minifaldas.

Charles recordaría en esa noche húmeda aquella canción que gustaba oír de su viejo amigo marino mientras

bebían en los más lejanos puertos:

Annie
la femme belle
c'est malade d'amour
maladie ce qui trouble le coeur

Sólo esa parte recordaría. De las ventanas de los bares de Juan Carlos Gómez asomaban las cabezas de las prostitutas.

-¡Hola franchute!
-¿Vamos a acostarnos esta noche, corazón?
-vení papá.

Las mismas frases recontrahechas de siempre. Charles Baudelaire escupió hacia el suelo. Metió sus manos en los bolsillos del pantalón para comprobar si aún le quedaba algo de dinero. Luego enfiló sus pasos hacia el «Anda». De un manotazo abrió la puerta de vaivén. Allí estaba ella, como siempre, esperándolo. Ella podía ser Anie, así la llamaba sólo él. Luego de beber unos whiskies salieron. Esa noche, como casi todas las noches se tomarían un taxi y se irían a buscar un hotel, barato, sucio, y en una pieza con olor a humedad y cama hecha de prisa se mentirían mutuamente con las piernas entrelazadas, los juegos prohibidos, las palabras dichas a medias por temor a estafarse y ser sinceros.

Pasaron unos años. Gravemente enfermo, internado en el hospital Maciel, solo, sin más compañía que la misericordia de una monja, Charles Baudelaire, en ratos de alucinación, recordaría sus caminatas por el Barrio Latino, la Place de la Concorde al final de la Avenue des Champs

Final de un juego

Elysées, el Laperouse y, por instantes, a la morena del «Anda».

*Annie
la femme belle
c'est malade d'amour
maladie ce qui trouble le coeur*

Sergio Stipanic

El caudillo murió al anohecer

No puedo morir así, lejos de todo, lejos de mi vida, vacío, desnudo. Quiero morir arriba de mi caballo. Al galope. Como en mi tiempo verdadero, no éste que es sólo una forma de mentir, de matarme lentamente, irremediablemente, despacio, con días como noches, con noches como días largos y tediosos, con un desierto en la mente. El vacío. Ahora lo conozco. Muchos se fueron ya, otros se irán como me estoy acabando yo. Seco. En un catre. Estoy sin fuerzas. ¿Dónde está el negro, Ansina, mi fiel servidor? Dios lo guarde muchos años. Yo luché por su raza contra la esclavitud. Eso formaba parte de mi sistema. Esos negros... maltratados, dóciles, sin una tumba para descansar en paz.

Quiero a Morito. Quiero que me traigan mi caballo. Esta gente que me rodea no me entiende. Quiero a Morito. Galeano, si estás ahí tráeme a Morito. El animal representa la compañía que muchas veces los humanos no me dieron. Ahora es tarde. Si hubiera tenido más comprensión, menos intrigas, más lealtad en esos que me rodearon. Ahora ya es tarde.

Viejo y todo, soy capaz de trotar varias leguas arriba de Morito. ¡para que pensar! Estoy en paz con Dios en mis

últimos suspiros. Ya se lo había escrito a Sarratea: «Podrán arrancarme la vida pero no envilecerme». Y sigo pensando lo mismo. Viejo necio! Creíste en muchos que no debías haber creído. Te burlaste del peligro en la batalla y no viste otros peligros.

Todo lo tuve en mi mano. No me puedo quejar. ¿Cuántos años tengo? Ochenta, ochenta y uno... Soy rencoroso. No olvido. Me quisieron llevar a mi tierra, ahora, Galeano que ya no sirvo para nada, cuando ya estoy cansado, cuando voy a morir.

Todavía se seguían peleando. Rosas, Oribe, Rivera... Y también los Pueyrredones...

Para que seguir pensando. Yo quería algo más grande. Se lo mandé decir a Sarratea, le escribí que la libertad de América era mi único anhelo.

Pienso en Andresito. ¡Pobre mi muchacho! El sí que salió bueno.

Se portó como hombre de bien, premió a los virtuosos y castigó a los delincuentes. Como yo lo quería...

Estoy viejo, ya no doy más, no puedo más. Los amigos me han faltado. Estoy viejo, gastado como el tronco de un árbol. Quisiera estar a la sombra del ybirapitá, mi compañero. El vivirá más que yo. Hace muchos años que me vine al Paraguay. Como treinta!

Demasiado tiempo. Aquí me vinieron a ver algunos, recuerdo al francés sabio, a Bonpland. También recuerdo

Final de un juego

al porteño General Paz. Buen hombre. Los López son mis últimos amigos. Además de Galeano. Antes iba a visitar a los López una vez por semana a Asunción. Ellos me trajeron aquí. Si volviera a empezar... ¡Qué juventud que tuve! Era valiente, fuerte, nunca le rehuí al peligro. Me llamaron el coquito de la campaña». Tenía todo en mi mano y los españoles lo sabían.

Recuerdo a Azara. De él aprendí muchas cosas. Qué hombre digno! ¡Qué maestro!

Como quisiera ver de vuelta el río. Sólo eso pido. Ir a caballo, a las orillas del Uruguay y escuchar el canto de los pájaros.

Los años del contrabando. ¡CUÁNTOS hombres conocí, Galeano, que anduvieron en el trajín clandestino! Y eran valientes, sufridos.

La pobre Rafaela. Ella no pudo entenderme cuando me sublevé. Y enfermó de locura.

Voy a morir. Veo el río, mis amoríos con Isabel. Mis hijos. Mejor así viejo. Ya bastante has andado. Te has merecido este descanso.

¡Tráiganme mi caballo! ¡Galeano, te pido mi caballo!

Sergio Stipanic

Santa María

En búsqueda del personaje recorrieron varios carnavales de febrero en febrero, se internaron en el Mediomundo con la cámara fotográfica alerta, tomaron vino, hasta con repugnancia, en todos los boliches posiblemente frecuentados, revisaron palmo a palmo las calles reviejas del Barrio Sur, hablaron con las negras canosas que preparaban atados de ropa limpia para entregar a sus patronas, llegaron hasta el Brasil pretendiendo adivinar su presencia en los ritos profusos del «candomblé» donde Exú oficiaría de primo lejano mediador y el aroma de cachaça atraería al forastero irredento.

Todo fue inútil.

Los Políticos no intuyeron que el transhumante de esta historia estaba en el puerto, como siempre, tomando lentamente un vaso de vino tinto y comiendo con unción un filete pegajoso de pescado frito.

Creyeron los Políticos haberlo visto caminando por la calle Sarandí. Hubo uno de ellos que dijo que quizás se hubiera ido a Buenos Aires. Finalmente, cundió el desánimo. No recibieron mucha ayuda de los habitantes del pueblo. Estos, generalmente, escapaban al encuentro de los Políticos y algunos los confundían con predicadores evan-

gelistas. Pensaron que era tarde. Especularon con una posible muerte accidental y oscura.

II

La luna presagiaba algo terrible, imprevisible. El negro Julián lo había leído en algún libro de cuentos o se lo había explicado la maestra cuando iba con túnica blanca a la escuela y los compañeros lo llamaban Cafeconleche.

Siempre la luna era un presagio dentro de su hálito ambarino. Dos nubes se acercaban y el negro calculó que la luna se movía. El puerto estaba quieto. El olor de pescado frito en pésimo aceite salía en torbellinos de humo por la ventana de la cocina del bodegón. El vino corría allí como la sangre, violento, púrpura. Todas las noches eran iguales. A determinada altura de las discusiones sobre fútbol o política alguno pasaría de las palabras a las manos y luego sería serenado por los parroquianos más viejos y experientes. Pero para Julián eso no significaba nada. Sólo le importaba la luna en esa noche y ésta presagiaba algo tremendo. Por la calle angosta, con tachos de basura y gatos, pasó lentamente un camión viejo y midoso. El negro no quería mirar la luna. Sin embargo, pícaro, como olvidadizo, daba vuelta la cabeza y sus ojos se incrustaban en la gran bola amarilla.

III

Nadie en la ciudad podía olvidar ese domingo señalado en el calendario con números rojos. Hasta el hartazgo, los periódicos y los informativos radiales y televisivos habían anunciado el Plebiscito. Llegaba por fin el día y con él se

Final de un juego

acercaba el fracaso rotundo de los Políticos, imposibilitados de dar la respuesta mediante el hallazgo del personaje.

Ese domingo, desde las 8 de la mañana, los habitantes mayores de edad estarían en sendas filas portando el voto en su mano derecha.

Desde hora temprana los bolsos de las mujeres se llenaban de empanadas, bananas, tortas y cocacolas. La reunión sería en la playa y los altavoces dejaban escuchar una melosa voz femenina indicando el camino, voz que se intercambiaba con la música del pericón. El sol quemaba. Las olas marcaban el ritmo del viento y del reloj. Los muchachos suspendían el juego de voleibol ante el paso de alguna bella joven bronceada luciendo su flamante tanga. Silbidos. Aplausos. Era un día de fiesta. Los niños hacían castillos de arena y chapoteaban en el agua de la orilla. La presencia de los vigilantes con cascos de guerra y fusiles automáticos era innecesaria: nadie leía un libro en ese día. A cada minuto, más y más sombrillas se instalaban en la arena. El gentío congestionaba el tránsito de los vendedores ambulantes.

Al mediodía, comenzaron a darse los primeros cómputos de la votación. Normal y tranquila. Las cifras aumentaban. El voto era obligatorio. Con esfuerzo, los lisiados, luego de haber pasado dificultosamente por las urnas, llegaban a la orilla del mar y se mojaban la frente. Los sordos parecían entender el triunfo de los Militares y saltaban alegres cada media hora. Sólo los dementes estaban ausentes de la euforia colectiva y se dedicaban, impertérritos, a mirar el horizonte y las gaviotas.

Ninguno de los presentes deseaba retornar a su casa. Todos estaban adormilados por el espectáculo ya que habían pasado muchos años desde que el decreto de prohibición de reuniones públicas se hubiese implantado en la ciudad. De no ser por el plebiscito las playas hubieran estado desiertas. Las gaviotas volaban sobre las cabezas de los concurrentes. A las seis de la tarde cundió el miedo. Entonces, la arena se fue quedando sin rubias, sin cerveza fresca, sin música. Los altavoces de la rambla suspendieron la transmisión. Hubo un gran silencio.

Las gaviotas volaban de mil maneras diferentes y Julián creyó haber descubierto en ese vuelo una recóndita esperanza, un llamado a la cordura. Pero era tarde. Como rápida tormenta se acercaba la venganza. La luna lo había anunciado. El agua del mar era ahora oscura y fétida, con olor a peces muertos.

IV

Por la noche los negros se encontraron en el Barrio Sur. Se dedicaron a empacar sus ropas y a regar las macetas de los patios, por instinto o por cábala. Se templaron las lonjas de los tamboriles en improvisadas fogatas con papeles de diarios. En la ciudad todo se había transformado. Las sirenas de los vehículos policiales sonaban por doquier. Nadie osaba estar en la calle.

El candombe inundaría esa noche el Barrio Sur con todo su ritmo. El candombe era la sal, el estímulo ardiente y pasional que corría a la par del sudor de los morenos. Julián se sintió tocado por esa furia infernal, diabólica, que hacía más latente la locura de esa noche donde todos estaban ahí

sin conocer el mañana, corriendo de un conventillo a otro, bailando, apretando fuertemente a los negritos entre sus brazos, donde las morenas jóvenes y calientes se despedían de sus amantes fmgales. Ahora corría el vino como un río en la garganta, capaz de apagar la sed y el miedo. Un coro improvisaba un triste milongón que rompía en dos el cielo estrellado. Las últimas horas de la madmgada estarían destinadas a organizar el éxodo.

V

Los negros llegaban en bandadas a Santa María. Muchos iban a recalar en el astillero donde eran contratados por Larsen.

Julián llegó a la pensión, una vieja casona que pertenecía al español Manuel Cipriano de Melo, y alquiló una pieza. Después que hubo dejado su ropa en el ropero, salió a la calle y se dirigió al bar de enfrente, el «Berna». Allí pidió un vaso de vino tinto y se dispuso a observar a los parroquianos. Después, enfiló hacia el astillero para pedir trabajo. Era experto en carpintería. Larsen lo contrató.

Al poco tiempo Manuel Cipriano de Melo falleció de un implacable ataque de tos, que le hizo fallar el corazón. Julián quedó a cargo de la pensión ya que el español no tenía herederos. Cuidó la vieja casona con mucho amor rebocándola y pintando a la cal todas sus piezas. Fue ron pasando los meses. Un buen día, llegó al puerto de Santa María un moderno barco francés. En él vino una delgada y perfumada rubia con un hombre bajito, encorvado y entrado en años. Decidieron quedarse en Santa María. Luego de recorrer las calles bajas del puerto se dirigieron al «Berna» a preguntar

por alojamiento. Allí los enviaron hacia la pensión de Julián. El empresario Doumont, trató con éste el alquiler de la pieza central, que tenía un gran espejo de rebordes dorados y una confortable cama de dos plazas. A la francesa no le gustó mucho la idea de vivir en la pensión y Julián lo intuía aún sin conocer el idioma. Sin embargo el empresario la convenció por la noche, luego de esperar que ella dejase de llorar y se bebiese media botella de anís.

La Francesa -como así la llamarían todos en Santa María- salía por las noches con Doumont y regresaba sola y en estado de embriaguez por las mañanas. Su lenguaje español era tan rudimentario como sus deseos de buena vecindad con los demás integrantes de la pensión.

Al poco tiempo, Doumont desapareció. Mientras tanto la pieza central se llenaba por la noche de clientes de la dama y el patio se transformaba en un ir y venir de pasos nerviosos.

VI

El domingo de Pascuas la Francesa se levantó temprano. Fue al patio a buscar agua y se encontró con la mirada penetrante de Julián, que estaba con el termo y el mate.

- Bonjour- saludó la dama. -Felices Pascuas- le respondió aquel. La Francesa entonces invitó al moreno para un chocolate por la tarde. Este aceptó gustoso. Estaba de muy buen humor.

- Tendré un invitado que quiere hablar con usted le confesó la dama.

- Es un hombre importante- siguió

Por la tarde Julián se puso su traje blanco y un sombrero de fieltro, camisa a rayas y corbata púrpura. Fue puntual. A las seis estaba en la pieza central.

Onetti, el Viejo (como lo llamaban todos en el «Berna») llegó poco después. Era el invitado. Luego de hacer las presentaciones la Francesa mostraba su mejor sonrisa a los dos hombres mientras corría desde la pieza a la cocina cuidando el choco late.

El Viejo fue concreto: Sabe, quería, hace tiempo, hablar con usted-. El negro frunció el entrecejo, para darse importancia. Lo siguió mirando atentamente. Onetti encendió un cigarro cubano. Convidó a Julián y éste, que jamás había fumado, rechazó la invitación. La Francesa llegó con las tazas de chocolate. Yo voy a instalar en esta casa un quilombo-siguió hablando el Viejo. Usted va a ganar mucho-, terminó.

El negro permaneció en silencio. Toda la ira provocada por las palabras de Onetti le hizo quemarse con la taza de chocolate recién servida. La dama, mientras tanto, se sentó nerviosa y observaba la cara del moreno.

- ¡Usted se va al carajo! -exclamó el negro luego de unos instantes. La reunión se suspendió de inmediato, entre la desesperación de la Francesa y la sorpresa del visitante. Julián se fue primero, poniéndose violentamente el sombrero de fieltro. Cuando éste se retiró, el Viejo le confesó al oído a la dama: -¿Sabe usted? este negro es mierda...

VII

Mientras Montevideo seguía intacta, detenida en el tiempo, con el Palacio Salvo mirando al sur, con la música del pericón, las librerías cerradas por clausura dictatorial, los mismos vigilantes, las mismas postales de Punta del Este ofrecidas en los quioscos a los turistas, Santa María fue creciendo apresuradamente. De modo que el pueblo tradicional, de casas bajas, de vida sosegada, se fue llenando de inmobiliarias que vendían en dólares las viejas casonas coloniales que luego serían remodeladas adosándole el aire acondicionado y los baños sauna. Aparecieron artistas de origen dudoso que instalaron sus galerías de arte y sus talleres de cerámica, las firmas importadoras de automóviles japoneses, las agencias de viajes que prometían deliciosos tours por el Caribe y Miami, colegios bilingües y universidades privadas, innumerables financieras que ofrecían créditos por doquier.

Julián se había tornado melancólico, hipocondríaco, distante. Frecuentaba el «Berna» con una asiduidad diaria. La pensión se había transformado en un elegante prostíbulo. Seis mujeres ocupaban sus piezas. Onetti, a quien ahora en el «Berna» llamaban Juntacadáveres, se había salido con la suya. En el amplio patio, ahora techado, se había instalado un moderno minibar de luz tenue atendido con esmero por la Francesa, que, con su risa estereotipada ya por el paso de los años, la rutina y el tedio, complacía a los habitués de turno que le contarían en pocos minutos sus penas amorosas.

Uno de esos días de otoño, donde la llovizna se enseñoreaba de la ciudad, víctimas del alcohol, Julián y la

Final de un juego

Francesa se redescubrieron mutuamente mientras ella le mostraba viejas fotografías y él se enternecía como un adolescente, secándole las lágrimas que escapaban de sus ojos. Tirado sobre la cama, luego de hacer el amor, el negro navegaba también en la penumbra del recuerdo y aparecían imágenes del Medio-mundo, del día del éxodo, de su hijo ignorado, de pasados carnavales.

VIII

Los Políticos se reunieron apresuradamente ese día de verano en Punta del Este luego de ver la foto del negro y la Francesa en un diario de Santa María. Por fin habían encontrado al personaje perdido en aquellos días del Plebiscito. Ahora todo podía cambiar. Julián era el eslabón en la historia darwiniana de la política uruguaya. Gorlero se llenó de papelitos y bailes en la calle. Todos recordaban el Plebiscito y suponían que el fin de los Militares estaba cerca. Luego de una votación democrática decidieron dirigirse a Santa María en un moderno yate cedido para la ocasión por el Club de los Ingleses. Desembarcaron en las primeras horas de la tarde en el puerto de Santa María. Depositación rosas rojas frente al monumento de los Inmigrantes situado frente al astillero.

Cuando llegaron a la vieja casona después de averiguar en el «Berna» los atendió Naná, una de las prostitutas. Demasiado tarde. Julián, la Francesa y Oneflí habían emprendido un día antes viaje a España, definitivo.

Sergio Stipanic

Indice

Prólogo	9
Final de un juego	11
Noche de Tangos	17
Romanza	19
Amores de estudiante	25
Again	33
La estatua de la Libertad	35
El viejo y el mar	39
Caperucita	43
Los cigarrillos apagados	45
Esperando a Borges	47
Rodríguez	49
Las flores del mal	53
El caudillo murió al anochecer .	57
Santa María	61

**Esta edición se terminó de imprimir en
Catalonia Ltda.
Juan Antonio Rodríguez 1496
en el mes de julio de 1998
Depósito Legal N°: 310 - 575**



Sergio Stipanic

Final de un juego

Sergio Stipanic nació en Montevideo en el año 1944. Maestro de escuela primaria y periodista se radicó en Buenos Aires en 1976 donde publicó *El pescador perdido* en 1980 y *Punta del Este, mate y candombe* en 1982. En ese mismo año fue premiado en España en el concurso de cuentos "Ciudad de San Sebastián" con el cuento *Candombe: el tiempo es único e irreversible*.

De regreso a su país publica en 1992 una serie de cuentos para niños que titula *Cuentos para leer en la escuela*.

En 1993 sale publicado *Con la frente marchita*.

En Buenos Aires desempeñó tareas periodísticas en el diario Clarín. En Montevideo edita en las páginas culturales del diario Últimas Noticias habiendo sido colaborador de El País Cultural y de otros medios culturales uruguayos.

ISBN: 9974-589-10-X



9 789974 589100

COLECCION

Carabela



SOLARIS